

**38. Su pasado no existe.
Su karma**

Versión 2

Procesos para su despertar interior

ego

Compilado por:
Enrique González Ospina.
Cel: 315-3357297

“El tiempo implica moverme de “lo que es” a “lo que debería ser”. Tengo miedo, pero un día estaré libre del miedo; al menos eso es lo que uno piensa.

Cambiar desde “lo que es” a “lo que debería ser” involucra tiempo. Ahora bien, el tiempo implica esfuerzo en ese intervalo entre “lo que es” y “lo que debería ser”.

No me agrada el miedo, y voy a hacer un esfuerzo para comprenderlo, para analizarlo, disecarlo, o voy a descubrir su causa en el pasado, o voy a escapar totalmente de él.

Todo esto implica esfuerzos, y al esfuerzo es a lo que estamos habituados.

Vivimos siempre en conflicto entre “lo que es” y “lo que debería ser”. “Lo que debería ser” es una idea, y la idea es ficticia, no es lo que soy que es el hecho; y el hecho de lo que soy -el ser- puede ser cambiado únicamente cuando comprendo el desorden que el tiempo crea.”

Krishnamurti



Su pasado no existe

“Cosa imposible pido, pues volver el tiempo a ser, después que una vez ha sido no hay en la tierra poder que a tanto se haya extendido.”

Cervantes

San Agustín de Hipona, cuando le preguntaban qué es el tiempo, respondía: *“Sé lo que es, pero cuando me lo preguntáis, no lo sé”*. Y sin embargo, es absolutamente fundamental para nuestra vida:

“El tiempo es oro”.

“No tengo tiempo”.

“El tiempo vuela”.

“El tiempo perdido...”.

De hecho, algunos de nosotros vivimos siempre en estado compulsivo de aceleración, porque el tiempo no nos alcanza. No nos permitimos nunca un momento de reposo, de meditación, de sosiego, porque el tiempo no lo permite. Pero, ¿qué es el tiempo?

Cuestionemos el tiempo

La inteligencia no cree sino cuestiona, indaga, duda, investiga, observa. Desecha la creencia, la certeza, la obviedad, el sentido común, y cuestiona todo.

Por esta razón creo que debemos cuestionar lo que es el tiempo porque, a causa de nuestro habitual sentido común, lo consideramos como un movimiento unidireccional que, viniendo del pasado, atraviesa el presente y se prolonga hacia el futuro, en línea recta, a una velocidad de 1 seg/seg.

Este simplismo perceptivo lamentablemente lleva implícita la impresión de que la vida transcurre desde el pasado hacia el futuro, de modo tal que lo

que sucede ahora y lo que sucederá luego es siempre el resultado de lo que aconteció en el pasado. En otras palabras, parece que seamos arrastrados, empujados por el pasado, empujados por lo que sucedió.

Hasta hace poco fue costumbre, en psicología, hablar de los instintos del hombre; de un instinto de supervivencia, un instinto de hacer el amor, y así sucesivamente. Pero en la actualidad la palabra ha caído un poco en desuso y los psicólogos tienden, en cambio, a usar la palabra “*impulso*”, y a hablar de la necesidad de supervivencia o de contacto sexual como impulsos.

Personalmente, si siento hambre, no me siento empujado; si me siento apasionado, no me siento empujado. No me disculpo por tener que comer ni por la necesidad de satisfacer mis impulsos sexuales. Los siento como pulsaciones de la vida que palpita dentro de este cuerpo, como manifestaciones de la energía vital que inunda este cuerpo, como expresiones de la existencia que palpita dentro de este cuerpo que forma parte de mi ser. Cada impulso es la vida en acción, pero no siento que algo me empuje.

Siento la vida palpitando, pero no siento al “*empujador*”. Mis impulsos son parte de mi ser actual, y no tomo ante ellos una actitud pasiva, no me disculpo por tenerlos, ni los cubro con un manto de moralina.

Cuando estoy *presente* siento los impulsos que habitan en mi ser *presente*, aquí-ahora, pero no siento el pasado empujando.

Entonces, la idea de que somos empujados desde el tiempo pasado se conecta con la idea de causalidad, de que la vida se mueve bajo el poder del pasado. Es algo que impregna tanto nuestro sentido común que es muy difícil liberarse de ella. Acotemos que el principio de causalidad es sagrado en el budismo, pero es ignorado en el Zen.

Pero, podemos jugar un poco con las ideas, darle un giro a la idea de que el presente es el resultado del pasado, y decir que el pasado es el resultado del presente.

Desde el punto de vista psicológico es obvio que el presente crea el pasado: su mente invoca los recuerdos del pasado, luego de haberlos desfigurado a lo largo del tiempo, según su propio interés, placer y conveniencia egocéntrica; ahora, su cerebro toma esa imagen como un hecho real que sucedió y que continúa sucediendo, y usted vuelve a sufrir, porque su

cerebro ha creado *ahora* algo que supuestamente sucedió en el pasado.

Así es como su mente, de *ahora*, está creando lo que sucedió. Su mente, *ahora*, está creando su pasado. Lo que su cerebro visualiza... es. Pero eso no es tiempo pasado, sino una imagen distorsionada de algo que sucedió, y esa imagen es sólo un recuerdo en su mente. Si ese recuerdo desaparece, ¿qué queda del pasado?

Pero antes de profundizar un poco más, miremos la falacia que hay en la idea misma, que el sentido común nos ofrece, de la causalidad: que los sucesos son causados por sucesos previos, de los cuales fluyen o resultan necesariamente.

Para comprender la falacia de esa idea tenemos que empezar por preguntarnos: *¿Qué se quiere decir al hablar de **suceso**?*

Tomemos el suceso de un ser humano que llega al mundo. ¿Cuándo se inicia el suceso? ¿Será en el momento del parto, cuando efectivamente el bebé sale del vientre de su madre? ¿O el niño comienza en el momento de la concepción? ¿O se inicia un bebé cuando no es más que un resplandor en los ojos de la madre? ¿O cuando se generan los espermatozoides en el padre? ¿O cuando se generan los óvulos en la madre? ¿Y no se podría decir que un bebé comienza cuando nace su padre o cuando nace su madre? ¿Y no comenzó acaso, con los espermias y óvulos de sus cuatro abuelitos? ¿Y qué decir de los ocho bisabuelos? ¿Y los 16 tatarabuelos? ¿Y qué tienen que ver con el bebé Adán y Eva? ¿Y el soplo divino? ¿Y acaso ese bebé no empezó a nacer cuando nació la primera célula, hace unos 4.000 millones de años? ¿Y no es acaso, el ADN del padre y madre lo que controla y define lo que ese bebé será?

Todas estas cosas pueden ser consideradas como comienzos, pero, a los fines de una inscripción legal, decimos que una vida comienza en el momento del parto. Pero esto no es más que una decisión puramente arbitraria, que tiene validez únicamente porque todos estamos de acuerdo en ella. Pero, realmente, ¿usted cuándo comenzó a existir?, ¿usted existía antes del parto?, ¿usted existía antes de la concepción?, ¿usted ha existido siempre como un potencial en el campo de la Conciencia Pura?

Cuestionemos el espacio

Veamos ahora el mismo fenómeno en la dimensión del espacio y ya no en la dimensión del tiempo.

Preguntémonos qué tamaño tiene el sol. ¿Vamos a definir al sol como limitado por la extensión de su fuego? Es una definición posible. Pero igualmente podríamos definir la esfera solar por la extensión que abarca su energía, o por el alcance de su luz, y cualquiera de las tres opciones sería razonable. Hemos convenido, arbitrariamente, definir el sol por el límite de su masa ígnea visible. Pero ¿es esa, realmente, la magnitud del sol?

En estas analogías se ve que la magnitud de una cosa, o la duración de un suceso, o el momento de un evento, es simplemente cuestión de definición. Como la mente tiene dificultad para conectarse con lo etéreo y entender lo ilimitado, acude al artificio de poner límites, fronteras, definiciones, y queda tranquila. Pero el límite convenido no es la realidad, aunque la mente **crea** que esa es la realidad.

Todo límite es una creación de la mente, pero ese límite no pertenece a la realidad.

El suceder

Por consiguiente, cuando mediante una simple definición con fines de entendernos, dividimos los acontecimientos en ciertos períodos, decimos por ejemplo que la Primera Guerra Mundial se inició en 1914 y terminó en 1918, Pero, ¿eso es verdad?

En realidad, todas las cosas que condujeron a la PGM se iniciaron mucho antes de 1914, y las repercusiones de esa guerra continuaron mucho después de 1918. La PGM terminó con el Tratado de Versalles, cuando Alemania claudicó, pero en el espíritu de la Segunda Guerra Mundial (1936-1945) estaba el contenido del tratado de Versalles. Entonces, ¿cuándo comenzó la SGM?

En realidad no hay sucesos separados por el tiempo. Un antes, pausa, y un después. La vida fluye como el agua, todo está interconectado como la fuente del río está conectada con la desembocadura y con el océano. Trate

de imaginar la fuente del río separada del río. Imagine el río separado de su desembocadura. Imagine la desembocadura separada del mar. Serán imágenes de la realidad, pero no la realidad. La fuente, el río, la desembocadura y el mar, son un flujo, un proceso continuo sin fragmentaciones, pero la mente divide el proceso en segmentos para poderlos definir, puesto que no percibe la totalidad.

Todos los sucesos o las cosas que pasan son como remolinos en una corriente. Hoy vemos un remolino y mañana vemos un remolino en el mismo lugar, de igual *forma* o de distinta *forma*, pero no es el mismo remolino, porque el agua cambia de segundo en segundo.

Entonces, lo que sucede no es realmente algo que podamos llamar un remolino, sino más bien un remolinear. Es una actividad, no una cosa. Es un proceso continuo, no una cosa estática. La continuidad de la **forma** da la impresión de ser una cosa, una entidad, pero la esencia de toda forma es un proceso continuo. Como la mente no percibe los procesos sino las formas, las toma por cosas separadas, con espacios y tiempos entre unas y otras.

Las cosas son procesos

Como lo que existe es el proceso continuo, a todas las supuestas cosas se las podría llamar sucesos. A un edificio podríamos llamarlo “edificar”; a una alfombra, “*alfombrar*”; e incluso a un gato podríamos llamarlo “gatear”. Entonces podríamos decir:

“El gatear se tendió en el alfombrar”.

Y con ello tendríamos un mundo en el cual no habría cosas, sino sucesos, procesos. Para dar otro ejemplo: una llama es algo que está en la vela. Pero sería más correcto decir: “*hay un flamear en la vela*”, pues una llama es una corriente de gases calientes. Pero, más correcto aún sería decir:

“Hay un flamear en el velar”.

Y si usted se quiere incluir en el proceso, no como un “yo”, sino como un **observar**, podría **sentir** que:

“Hay un observar, del flamear, del velar”.

Si no conjugamos los verbos, sino que nos mantenemos en el sentido del infinitivo (ver, oler, escuchar, sentir, degustar), entonces, nos mantenemos en contacto con el sentido del proceso. Este es el principio de algunas meditaciones Zen que practicamos en el grupo.

Demos otro ejemplo divertido, que suele desconcertar a ciertas personas: “*Puño*” es un nombre, y un puño parece una cosa; pero, ¿qué sucede con el puño cuando abro la mano? Antes estaba “*puñando*”, ahora estoy “*manando*”. Es decir, que todo aquello que llamamos cosa, puede ser enunciado en términos de procesos, de sucesos continuos, y como los sucesos fluyen unos en otros –el “*puñar*” fluye en el “*manar*”– no podemos decir exactamente dónde termina el uno y comienza el otro. Haga el ejercicio con su propia mano:

- Cierre el puño y obsérvelo.
- Empiece a abrirlo lentamente. Observe.
- De pronto, aparece la mano. Obsérvela.
- Repita lentamente y descubra en qué momento el puño se vuelve mano y en qué momento la mano se vuelve puño.

O sea que no necesitamos de la idea de causalidad para explicar de qué manera un suceso anterior influye en uno que le sigue. En realidad no es que “*influya*” en el que le sigue, sino que fluye en el que sigue.

Veámoslo de la siguiente manera. Supongamos que estoy mirando por una estrecha rendija de una cerca y pasa una serpiente. Como es la primera vez que veo una serpiente, me parece algo misterioso. A través de la cerca veo primero la cabeza de la serpiente, después un largo cuerpo que se arrastra, y finalmente la cola. Después, la serpiente da la vuelta y pasa otra vez. Entonces veo primero la cabeza, y después de un intervalo la cola.

Ahora bien, si considero la cabeza como un suceso y la cola como otro, me parecerá que el suceso “*cabeza*” es la causa del suceso “*cola*”, y que la cola es el efecto. Pero si miro la serpiente entera, veré una serpiente con cabeza y cola, y sería simplemente absurdo decir que la cabeza de la serpiente es la causa de la cola, como si la serpiente empezara por ser cabeza y después cola. La serpiente empieza saliendo del huevo como serpiente con cabeza y cola. Es la mente la que segmenta esa realidad.

Exactamente de la misma manera, todos los sucesos son en realidad un suceso. Cuando hablamos de sucesos diferentes estamos mirando diferentes

sectores o partes de un acontecer continuo, arbitrariamente, mentalmente.

Por ende, la idea de sucesos separados, que es menester vincular mediante un proceso misterioso llamado de causa y efecto, es completamente innecesaria. Pero como siempre hemos pensado así, pensamos que los sucesos presentes son causados por los sucesos pasados, y tendemos a considerarnos como “*marionetas*” del pasado, empujadas por algo que está siempre detrás de nosotros.

Es un poco fácil superar la impresión de que estamos empujados por el pasado, por supuesto si hay cierta sensibilidad perceptiva, mediante un experimento de meditación:

Los sentidos sólo captan vibraciones

Contactémonos con el mundo externo mediante los oídos. Si cerramos los ojos y establecemos contacto con la realidad solamente por el oído, caeremos en la cuenta de que todos los ruidos que oímos provienen del silencio. No del pasado, sino del silencio. Es curioso, claro, eso de oír todas las realidades, todos los sonidos, surgiendo súbitamente de la nada.

¿Por qué de la nada? Porque el oído no tiene contacto sensorial con la fuente del sonido, sino con el sonido. Para el oído el sonido aparece de pronto y desaparece de pronto. Aparece de la nada y desaparece en la nada. Si no tuviéramos cinco sentido sino sólo el oído, sólo percibiríamos el silencio... sonido... silencio... sonido... y esa sería la única realidad.

Uno no escucha razón alguna para que empiecen por causa objetiva: aparecen, simplemente, y después se deshacen en ecos, perdiéndose por los laberintos de la mente y el cerebro, en el silencio, en la nada interior.

Ahora, si uno abre los ojos es un poco más difícil ver esto, porque a diferencia del oído, los ojos escuchan estáticamente o, mejor dicho, ven estáticamente. A los ojos todo les parece silencioso y estático, porque no pueden ver que el mundo que miramos está vibrando.

La materia de las cosas que observamos es *sólo* energía condensada y vibrando a una altísima frecuencia, pero los ojos no son instrumentos aptos para observar la energía, ni esa vibración. Los ojos ven las *formas* que toma

la energía vibrante, y la mente asume que esas formas son estáticas, permanentes, continuas, como cosas fijas rígidas, sólidas. Pero las cosas no son eso, no son así.

Todas las cosas materiales vibran, y están vibrando hacia nosotros de la misma manera que el sonido vibra hacia nuestros oídos. Dicho de otra manera, el mundo actual que vemos es una vibración proveniente del espacio. Viene de la nada, directamente hacia nuestros ojos, y se pierde en los laberintos de la mente, del cerebro, de la nada.

Mire cualquier objeto atentamente, ahora mire otro objeto totalmente diferente, ¿qué se hizo el primer objeto que estaba en su mente? ¿Quedó como una imagen? Pero la imagen no es la cosa, entonces, ¿qué se hizo el primer objeto? ¿Existe? ¿No existe? ¿Sólo existe cuando lo observa?

Si tuviéramos *sólo* el sentido de la vista, veríamos sólo formas -colores, formas, movimientos- sin percibir jamás un sonido ni comprender jamás qué es la vibración de la energía. Esa sería la única realidad, y la mente estaría dispuesta a aceptar que ésa es la realidad. Vería las formas como la única realidad, sin más. La única realidad sería el mundo de las cosas físicas.

El pasado son imágenes de lo que sucedió

En realidad, el curso del tiempo se parece mucho al curso de un barco en el océano. El barco deja tras de sí una estela, y la estela nos indica más o menos dónde estuvo el barco, y se desvanece. De la misma manera nuestro *recuerdo* del pasado nos dice lo que hemos hecho, pero lo hecho ya no existe. Sólo permanece el *recuerdo* tal que, al desvanecerse, se extingue todo lo que sucedió. Si no hay recuerdo, nunca sucedió nada, ¡absolutamente nada, nunca!

Pero, en la medida en que persiste el recuerdo, podemos retroceder en el pasado, que no es tiempo sino imágenes de lo que sucedió, pudiendo retroceder más y más hacia la prehistoria. Esta es la magia engañosa de la mente, jugando con imágenes hacia atrás.

Es como si usted viera una película hacia atrás, creyendo que lo que muestra cada cuadro es real, olvidando que toda la película es una ilusión, proyectada en una pantalla que carece de contenido, pero su mente le está

dando significación existencial a ese juego incoherente de imágenes en reversa. Cuando el proyector, que es su mente, hace stop, toda la fantasía de las imágenes se extingue y la totalidad del pasado se desvanece. Aparece, entonces, la realidad del Aquí-Ahora-Esto, la realidad del momento presente.

En ese retroceder en el “*tiempo psicológico*”, que es cambiar unas imágenes por otras, podemos llegar a un punto donde todo registro del pasado se desvanece, exactamente de la misma manera que la estela de un barco. Usted puede regresar en su pasado hasta dónde tenga imágenes de él, dependiendo de su buena o mala memoria. ¿Y si disuelve esas imágenes mentales en la nada?

Ahora bien, en este ejemplo lo importante es recordar que la estela no impulsa al barco, como la cola no mece al perro. La potencia, la fuente de la estela, está siempre en el barco mismo, que representa *el presente*. No se puede insistir en que la estela impulsa al barco.

La estela del recorrido efectuado, siendo efímero e impreciso, puede darnos una leve noción, vaga, imprecisa, para predecir hacia dónde se dirigirá después, con alto riesgo de error en el pronóstico.

Esa parte tan leve e incierta que es la estela, nos podría inducir a pensar que:

“Como podemos deducir el rumbo a partir del recorrido que ya ha hecho el barco, podemos suponer hacia dónde va y, por ende, nos inclinamos a pensar que los lugares en donde ha estado determinarán el lugar hacia dónde ir”.

Alan Watts

Pero en realidad no es ese el caso. El lugar donde ha estado el barco no está determinando el lugar a donde irá; el lugar de destino está determinado por el “*dónde va yendo*”.

Para decirlo con más exactitud, donde ha estado no determina a dónde va. Dónde va depende de por donde va yendo. Su destino depende de lo que usted hace Aquí-Ahora, depende de lo que usted está haciendo, no de lo que hizo.

Recuerdo en este momento una precisión de Olivier Laignel acerca del destino:

“Usted se encuentra en ciertas circunstancias y posee cierta energía. Su destino es hacer lo mejor que usted puede hacer con esas circunstancias y esa energía”.

¿Qué es lo mejor que usted puede hacer ahora, en sus circunstancias actuales y con su energía disponible? ¿Cuál es su posibilidad? ¿Sólo lo que le produce placer y seguridad? ¿Y eso es todo?

Si uno insiste en que su presente es el resultado de su pasado, es como conducir un vehículo mirando siempre por el espejo retrovisor. Entonces no está, por así decirlo, abierto hacia su destino. Está siempre mirando hacia atrás, por encima del hombro, para descubrir qué es lo que tiene que hacer *ahora*, dependiendo de las imágenes de atrás.

Esto es algo característico de nosotros, y por eso a los seres humanos se les hace difícil aprender y adaptarse a situaciones nuevas, especialmente cuando los vínculos humanos están de por medio, porque se teme que el daño recibido en el pasado... se repita. Por eso nos negamos a vivir la vida presente en todo su potencial, por temor al fantasma del pasado, que es sólo un fantasma creado por su memoria y su imaginación.

Debido a que estamos siempre buscando precedentes, autoridades del pasado para lo que se espera que hagamos ahora, reconstruyendo experiencias ya muertas, tenemos la impresión de que el pasado es importantísimo, hasta llegar a ser el factor determinante de nuestra actitud en el momento presente.

Todo empieza en este momento

Pero nada de eso es verdad. La vida, la creación, emerge de nosotros *ahora*. En otras palabras, no hay que buscar la creación allá atrás, al comienzo de donde la estela se desvanece. No busquemos la creación del Universo en algún lejanísimo momento del tiempo que quedó a nuestras espaldas. La creación del Universo es ahora, en este mismo instante. Si usted activa su Conciencia, el Universo es esa Conciencia. Si no la activa, el Universo es su mente. Si se duerme, el Universo se duerme. ¡Aquí es donde todo comienza!

Y desde aquí se va alejando, desvaneciéndose en el vacío, de instante en instante.

Su vida es su creación continua, de instante en instante.

Infortunadamente, tenemos un método de pasar la pelota en todo asunto que implique responsabilidad, diciendo:

“Bueno, el pasado es responsable por mí”.

Y ese pasado, al que hago responsable de lo que hago ahora, no tiene fin. En primera instancia, los primeros responsables fueron mis padres. Luego, toda la familia... la herencia genética... la cultura... la sociedad... la evolución... el hombre primitivo... Adán y Eva... la serpiente... Dios... todo, absolutamente todo sería responsable de mi presente, todo, con tal de no asumirme, de no asumir la calidad de mi propia vida presente. Las excusas, las justificaciones no tienen límites.

Así pues, si alguien insiste en que está movido y determinado por su pasado, allá él. Pero el nudo del asunto es que *todo empieza en este mismo momento*. Lo que pasa es que nos gusta establecer una conexión con el pasado, porque eso nos justifica y da a los demás la impresión de que somos gentes cuerdas.

Cuando a usted le preguntan *por qué* le pasa lo que le pasa, responde muy lógicamente, muy racionalmente, desde su pasado, muy inteligentemente, pero eso no es verdad. Pero, por lo menos, permite que lo vean como una persona cuerda, normal, lógica, coherente, aceptable, pero no todos estamos interesados en que nos vean así, porque no tiene importancia cómo nos ven.

Desde el nivel de su *ser* actual usted está atrayendo sus circunstancias, que es lo que le sucede, lo que le pasa ahora.

Si usted no está Despierto, alerta, Presente, vive de reacción en reacción, desde su personalidad y su memoria episódica, y esas reacciones son lo que le pasa, lo que le sucede.

Pero si usted está Despierto, atento, Presente, observando las impresiones que llegan a sus sentidos, no hay reacciones sino acciones; en tal caso, su vida presente adquiere otra calidad existencial, porque en este

Presente consciente usted puede ser testigo de su vida que fluye ahora, en ausencia total de su pasado, porque no existe.

La pregunta inútil

“¿Por qué?” es una pregunta que, como se puede repetir interminablemente, como pasa con los niños curiosos, jamás conduce a respuestas interesantes, porque esa pregunta nos conecta inmediatamente con el pasado.

Cada respuesta a un ¿por qué? genera otro ¿por qué?, como una cadena hacia el infinito pasado, que no existe, porque todo lo que quedó del pasado son sólo las imágenes, mentalmente deformadas. Ni siquiera las imágenes, los recuerdos, corresponden con lo que sucedió, porque la mente se encarga de distorsionarlo todo, según las conveniencias circunstanciales.

Podemos imaginar el pasado como un cementerio virtual, donde las cruces cambian de color, de nombre y de forma, según convenga.

Explicar las cosas por el pasado es, en realidad, negarse absolutamente a explicarlas. Lo único que se hace es posponer la explicación, demorarla y seguir demorándola sin explicar nada, nunca.

Lo que explica los eventos y las cosas es el presente, la realidad del momento presente, lo que hace *ahora*. ¿Qué está haciendo?, es una mejor pregunta, aunque, cualquiera sea la respuesta, contiene un sutil engaño, porque es muy difícil explicar qué es lo que hago para escuchar el sonido que sale del silencio, que sale de ninguna parte; o explicar cómo hago para observar las formas que la luz crea, sin aplicarles nombres; o explicar qué es la observación pura, sin juicio alguno, de los procesos internos.

¿Por qué son tan difíciles de explicar? Porque en cuanto aparece algún elemento que no pertenece a la mente ordinaria, esta ya no tiene nada que decir. Por ejemplo, la atención dirigida, la atención plena, la sensibilidad perceptiva, la percepción pura, la vida, la energía, la conciencia-de-sí-mismo... de esos procesos la mente no puede vivenciar nada, ni explicar nada.

De manera que la pregunta “¿qué está haciendo ahora?” es mejor que la pregunta “¿Por qué sucede lo que sucede?”, pero ninguna respuesta es

suficiente porque la mente tiene enormes limitaciones para responder a algo que trascienda sus restringidas fronteras.

Mucho mejor que responder desde su mente es *observar* lo que usted está haciendo Aquí-Ahora; y en ese proceso perceptivo hay una mutación de lo observado y del observador, proceso que ignora su memoria del pasado, porque en ese instante no existe.

En el instante de la observación pura de la realidad presente, sin pensamiento alguno, sólo existe el contenido del momento presente, sucediendo como un flujo perpetuo, sin pasado alguno.

En el estado de-mente, su mente es el pasado. En el estado Despierto, de Presencia viva, solo existe la realidad de ahora, sin pasado alguno.

Así que volver a preguntar por qué acontece algo es una cuestión inútil, porque lo interesante no es el **por qué**, sin el **qué**. Qué acontece, no por qué acontece.

Puedo decir que ahora estoy haciendo esto porque antes hice aquello, y ofrezco así al interlocutor una línea de pensamiento continua; pero en realidad lo estoy haciendo hacia atrás, convencido de que estoy recorriendo el tiempo hacia atrás, cuando en realidad lo que estoy es cambiando las diapositivas que están registradas en la memoria. Aunque el relato parezca congruente, no corresponde a la realidad.

Para la mente, cambiar de dispositivas, que es cambiar de imágenes, es el pasado.

El karma es la acción de su ser actual

En general, se cree que el karma, término propio del budismo, es algo así como el residuo que quedó de nuestros malos actos del pasado, tal que debemos pagar en el presente. El presente condicionado por el pasado kármico. Pero en estricto sentido, ese no es el significado original, ni el correcto.

Lo traemos a colación, porque se cree que asocia el pasado con el presente, y el presente con el futuro, como si el tiempo fuese una categoría

absoluta que puede dividirse en fases o etapas.

Veamos el significado de este término desde la percepción del Zen.

La palabra *karma*, en sánscrito, significa hacer, acción. *Karma* proviene de la raíz *kri*, que significa simplemente “*hacer*”.

Pero, cuando me acontece algo como un accidente, un budista o un hindú podría decir “*era tu karma*”. Dicho de otra manera, esta noción significa que uno recoge, en un momento posterior, las desafortunadas consecuencias de algo que ha hecho en el pasado. Pero ese no es el verdadero significado de *karma*; *karma* no significa causa y efecto. Significa simplemente hacer.

En otras palabras, que *uno* está haciendo lo que acontece, y eso, por supuesto, depende de quién es ese *uno*, que es la calidad del ser de la persona que está haciendo. Y si no está haciendo lo que sucede, lo está interpretando según su ser, según su personalidad.

A un dado nivel del *ser* corresponde una acción, y esa acción es el karma.

A un *ser* codicioso, que es el *uno* que actúa, corresponden ciertos sucederes, que es su karma. En ese sentido, ese *uno* está haciendo ese suceder.

Al *ser* de un borrachito, que es su *uno* que actúa, corresponden ciertos sucederes que él hace que sucedan. Ese es su karma.

Al *ser* de una persona bondadosa corresponden ciertos sucederes que él hace que sucedan. Ese es su karma.

El *ser* de una persona miedosa hace que suceda lo que le sucede, y ese suceder, del cual es autor, es su karma.

¿Por qué una persona hipocondríaca se enferma? Porque su actitud, que es parte de su **ser**, atrae la enfermedad, y ese es su karma. Podríamos decir que su **ser** atrae la enfermedad, o que su **ser** es la enfermedad.

Si me defino como la totalidad del campo del suceder, que es mi verdadero “yo” de este momento, entonces se puede decir que todas las cosas que me acontecen las hago “yo”, el “yo” de este instante. Y este es el

verdadero sentido del karma.

Dependiendo de la calidad del **ser** de ese “yo”, eso sucede.

Si cambia su *ser*, cambia su suceder en la vida.

Si no soy capaz de amar, pues eso atrae... algo.

Tal vez la muy conocida y reconocida ley de la atracción, que suele expresarse como que “*el nivel de ser atrae la vida*”, sea otra manera de explicar el karma, sin necesidad de acudir a las imágenes del pasado.

En resumen, su *ser* hace que suceda lo que le sucede. En este sentido, inconscientemente, usted hace lo que le sucede. Su **ser** emana su suceder. Su suceder es la acción de su ser, y en eso nada tiene que ver la justicia humana ni divina. No hay justicia. Hay un *ser*→*suceder* y ese es su karma, sin que jamás acuda a su pasado imaginario.

Pero cuando hablamos de liberarnos del **karma**, suele entenderse como liberarnos de ser marionetas del pasado, pensando en una relación causa→efecto a lo largo del tiempo vivido. Ese es un pensamiento un poco ordinario, porque en realidad no puedo liberarme del pasado, porque eso no existe.

Recuerde que lo que existe son imágenes y recuerdos de lo que pasó, en el cerebro y la mente. Podría liberarme de esos recuerdos, de esas imágenes, de ese estado cerebral, de ese estado mental, pero no puedo liberarme de lo que pasó, porque no existe. Si abandono el recuerdo de lo que pasó, nunca pasó nada. ¡Nunca!

El pasado ya no es, y el futuro todavía no es. Sólo hay el momento presente. De manera que la verdadera redención de sí-mismo no es olvidar lo sucedido sino transformar, ahora, mi ser interior.

Si mi *ser* cambia, mediante un Trabajo Interior serio, consistente, persistente, haciendo muchos y pequeños esfuerzos conscientes en medio de lo cotidiano, llega el momento en que ya no nos definimos en función de lo que hemos hecho antes, sino en función de lo que estamos haciendo ahora.

Si cambia mi *ser*, cambia mi suceder, porque el **ser** del “yo” es el autor

del suceder en la vida, lo cual equivale a liberarnos de la situación ridícula de ser un perro meneado por su cola.

La magia es **hacer** con el **ser**, hacia el **Ser**.

El **ser**, es el ser interior, lo que soy ahora, sea lo que sea.

El **Ser**, es el ser **Real**, que es la posibilidad del ser de ahora. Es estar Despierto, Presente, atento, testigo del suceder interno y externo de este instante.

¿El **Ser** del Buda, qué hará suceder?

¿El **Ser** de Jesucristo, qué hará suceder?

¿El **Ser** de Mahoma, qué hará suceder?

¿Su ser actual, qué hace suceder? Lo que le sucede es atraído por su ser, creado por su ser actual, ahora.

El karma es reacción

Es un hecho que, etimológicamente, la palabra sánscrita “*karma*” significa hacer, acción, actuar. Pero pongamos en duda si se trata realmente de una acción, en el sentido de que “*usted hace eso*”.

Es usual encontrar en el budismo el siguiente planteamiento:

“Karma es acción, y acción es el resultado del pasado. La acción no puede existir sin el condicionamiento del trasfondo. A través de una serie de experiencias, a través del condicionamiento y del conocimiento, se crea el trasfondo de la tradición, no sólo durante la actual vida del individuo y del grupo, sino a lo largo de muchas encarnaciones. La constante interacción entre el trasfondo (lo que pasó) y la sociedad, la vida, es karma. Hay karma de grupo o colectivo, lo mismo que del individuo. Tanto el grupo como el individuo están sujetos por la cadena de causa y efecto.

Habrá dolor o gozo, castigo o premio, según lo que yo haya hecho en el pasado”.

Walpola Rahula

Lea atentamente esta última frase, muy propia del budismo. Parece

haber ahí un determinismo inexorable, tal como que **sólo** lo hecho en el pasado determina mi vida presente.

Reflexionemos en forma un poco irreverente, pero respetuosa, como un ejercicio de la inteligencia, acerca de ese supuesto determinismo.

Si se afirma que la acción de hoy es el resultado del pasado, tal acción no es acción en absoluto, sino sólo una reacción. Esta reacción es la respuesta de la *memoria* de ahora, a los estímulos de ahora, y la neurología acepta que la *memoria* no corresponde necesariamente a los hechos del pasado, porque se va transformando con el transcurso del tiempo, las nuevas circunstancias, la pérdida de la memoria y las experiencias propias del individuo.

De manera que no es el pasado el que reacciona ahora, sino la memoria la que reacciona ahora, y la memoria y el pasado son dos cosas completamente diferentes. Además, su memoria se ha ido transformando, inconscientemente ha ido cambiando, tanto que su contenido actual puede ser una imagen muy incierta de lo que la creó, en el "*pasado*".

Más precisamente, si su memoria actual es parte de su *ser* actual, es su *ser* el que reacciona; también de su *ser* actual forma parte su cuerpo, su cerebro, sus creencias, sus opiniones, su experiencia, su conocimiento, sus deseos, su imaginación, sus emociones... Y todo eso, que en su conjunto es su *ser* actual, es lo que reacciona a los estímulos del momento presente.

Seguramente el pasado dejó su huella en su *ser*, pero es su *ser*, todo, el que reacciona ahora y vive ahora.

Más aún, la mente no es un estado fijo. Nuestros pensamientos son transitorios, cambian constantemente; nuestras opiniones y creencias, cambian constantemente; nuestras emociones, cambian constantemente; nuestro cuerpo, cambia constantemente, nuestra memoria se deforma constantemente. Entonces, si todos los componentes del *ser* cambian constantemente ¿cómo es posible que el pasado condicione el presente?

Si el yoga, el zen, el sufismo y el tao afirman que *Aquí-Ahora-Esto* es la única realidad, y el contenido de *Esto* está variando de instante en instante, ¿dónde queda el pasado?

Por otra parte, el pensamiento es la respuesta de la memoria, y la memoria es conocimiento, el resultado de la experiencia. Esta memoria, expuesta a sucesivas experiencias, se vuelve más dura, mayor, más afinada, más eficiente, más confusa, más torpe... Una forma de condicionamiento puede sustituir a otra, pero sigue siendo condicionamiento. La respuesta está en la memoria, en ese trasfondo reformado, deformado y transformado; ese es el karma, sin importar lo que sucedió en su pasado, porque el pasado no existe. Sólo quedaron imágenes difusas de lo que parece que sucedió, y su mente cree que esas imágenes difusas son su pasado.

El pasado ya no es, no existe, explotó, se atomizó, se potenció en su momento y se extinguió en la nada. Si toda la vida es un proceso continuo de cambio, de transformación ¿dónde está el pasado tal cual sucedió? En ninguna parte. No existe. Sólo quedaron ciertas difusas imágenes en la memoria, que *ahora* están cambiando, y en cada *ahora* reacciona según la nueva forma que ha tomado.

Es su *ser* de *ahora* el que reacciona a los estímulos, del cual forma parte su deformada memoria; su *ser* de *ahora* es el que reacciona, contenga lo que contenga *ahora*, y ese es su karma. Su karma es su reacción... de *ahora*, desde su ser... de ahora.

Si usted sufre *ahora*, ese sufrimiento es la reacción de su *ser* actual, frente a algunas impresiones que sus sentidos perciben *ahora*.

Su pensamiento crea su pasado

A la respuesta de la memoria se la llama acción, pero no es más que reacción; esta "*acción*" se supone que engendra nueva reacción, y así surge la idea de que hay una cadena de lo que llamamos "*causa y efecto*".

Pero ¿no es la causa también el efecto? Ni la causa ni el efecto son estáticos, porque los procesos de la vida no tienen fronteras. Nuevamente, ¿usted cuándo empezó a existir? Hoy es el resultado de ayer, se dice, y hoy es la causa de mañana. Lo que era la supuesta causa se convierte en el efecto, y el efecto en la causa. Uno afluye al otro. No hay momento en que la causa no sea también el efecto.

Visualice un río. ¿Qué de ese fluir es causa de qué? El río es un proceso total, un fluir continuo, un proceso continuo donde todo es causa y todo es efecto, simultáneamente. Así es la vida, un proceso continuo regido por muchas leyes que desconocemos.

Como el pensamiento es el movimiento de la memoria, y la memoria apareció en algún momento del “*tiempo*”, porque esa es su naturaleza, suele pensar así: “*karma es el proceso del tiempo, el pasado avanzando a través del presente hacia el futuro*”. Pero es necesario cuestionar también esa idea.

Es necesario cuestionarlo todo; indagar, investigar, descubrir, observar, dudar, en ejercicio de la inteligencia que pertenece a la condición de lo humano. Toda certeza debe ser puesta en duda, todo paradigma debe ser cuestionado, toda creencia debería ser puesta en tela de juicio. La realidad es la única verdad, y esa realidad puede ser descubierta en sí-mismo, de instante en instante, Aquí-Ahora, para lo cual es necesario no creer en nada, y es necesario observarlo todo, sin pensamiento alguno.

El pensamiento es el resultado del “*tiempo*”, y sólo puede surgir aquello que es inconmensurable, eterno, cuando ha cesado el proceso del pensamiento. El pensamiento es memoria en movimiento y la memoria es el juego de imágenes asociativas que han ido apareciendo y desapareciendo en el transcurso de la propia vida.

Entonces ¿cómo confiar en el pensamiento?, ¿puede el pensamiento conectarse con la realidad presente?, ¿puede el pensamiento *observar* lo que sucede en este momento? ¡No! Nada de eso es posible para el pensamiento, pero todo eso es posible para el Testigo Interior que puede ser activado en sí-mismo.

El pensamiento puede pensar en el “*pasado*”, pero lo que realmente está haciendo es invocar imágenes que están en la memoria de este instante, interpretando que sus contenidos, de ahora, son su pasado.

La extinción del karma

¿Cómo abandonar el pensamiento no fáctico?

Las prácticas cotidianas de la “*percepción sensorial pura de lo externo*”

y la “*observación pura de lo interno*”, que estamos ejercitando en el grupo, contienen la clave de la respuesta.

Esa percepción y esa observación *puras*, permiten descubrir los propios condicionamientos, darse cuenta de las propias respuestas en forma de pensamiento y emocionalidad, conocer los procesos internos sin juicio alguno. Ese descubrir, ese darse cuenta, ese conocer, son, en su conjunto, la *comprensión de sí-mismo* que trae la tranquilidad a la mente.

Cuando la mente se va calmando, dejan de existir la palabra, el nombre, la asociación, la experiencia, las ideas, las creencias y entonces, su karma se extingue y usted vive ahora sin reaccionar. Aparece la acción inteligente que corresponde a las exigencias de la realidad presente.

En resumen:

Las reacciones actuales de su **ser** de ahora son su karma. Sus iras, mentiras, codicias, vanidades, miedos... son su **ser**...son su karma.

Si mediante un Trabajo Interno, su **ser** evoluciona hacia un **Ser** de calidad superior, las reacciones de su nuevo **Ser** son su karma.

Si profundiza su Trabajo Interno, y su **Ser** evoluciona hacia su **SER** más real y profundo, su karma se extingue.

Su “yo” es su karma, porque es una reacción y es el que reacciona.

Su “ego” es su karma.

Su “ser” actual es su karma.

Ese karma es una reacción Aquí-Ahora, desde su estado de inconsciencia, y por eso le pasa lo que le pasa.

Cuando usted decide asumir la calidad de su propia vida, su karma empieza a agonizar.

Puede ser que usted no haya elegido su destino, pero usted puede asumir *cómo* vivir su destino.

Si usted ha leído atentamente este artículo, nunca más volverá a hacerse la pregunta tonta:

“¿Por qué será que eso me pasa a mí, si yo soy inocente?”

En realidad, a usted nunca le “*pasa*” algo, nunca nada externo atropella o maltrata su vida interior. La calidad de su vida interior depende totalmente de la calidad de su *ser*, de la significación que aplica a las percepciones que viene del mundo externo, que son básicamente vibraciones captadas por sus sentidos.

Desde la calidad de su *ser*, usted crea su vida presente, de instante en instante. La calidad de su vida interior es la que usted merece ahora.

El tiempo absoluto tampoco existe

Hemos reflexionado acerca de la inexistencia del tiempo psicológico – pasado y futuro–, por ser interpretaciones de la mente acerca de las imágenes que están en la memoria. Pero los eventos que crearon esas imágenes en alguna hora –porque siempre es ahora– ya no existen.

Sólo hay imágenes en la memoria y significaciones creadas por la mente, como pasado y futuro psicológico.

Si mediante procesos meditativos trascendemos los pensamientos que interpretan las imágenes, sólo quedarían las imágenes, sin connotación alguna del tiempo. Si, además, observamos conscientemente esas imágenes, se diluyen en la nada, que es su naturaleza.

Así, el tiempo psicológico –pasado y futuro– también se extinguen en la nada. Su pasado ha muerto, sin haber existido jamás.

Pero también la sabiduría de Oriente y la ciencia de Occidente niegan la existencia del *tiempo* como una categoría absoluta, que exista por sí misma, independiente de toda otra forma de existencia. Comentemos brevemente algunas nociones sobre esta negación absoluta.

La sabiduría Oriental niega el tiempo

Desde la antigüedad en la India, los vedas negaron el concepto tiempo como una categoría absoluta:

“El tiempo indica la sucesión por medio de la cual adquirimos el conocimiento de las cosas, y el espacio designa la dirección en que las concebimos. Como realidad absoluta, ni uno ni otro existen; son modos de nuestra percepción.”

Brahmancharin

Entendido por tiempo el pasado, el presente y lo por venir, y el espacio como el aquí, allá, en esta o en aquella dirección, vemos que estas nociones varían según el ser que las percibe; es decir, que son aspectos de nuestro conocimiento.

Veamos el espacio. Si usted está en la tierra, “*aquí*” es la tierra, su localización física, y “*allá*” es el sol. Pero si está en el sol entonces “*aquí*” es el sol y “*allá*” es la tierra. Para cualquier habitante de otro planeta “*allá*” es el sol y la tierra. De manera que el espacio es relativo a la percepción sensorial individual. Lo que para uno es “*aquí*” para otro es “*allá*”.

Con el tiempo sucede lo mismo. Debido al giro de la tierra sobre su propio eje, cuando “*aquí*” es el día en la antípoda es de noche, y por la misma razón dentro de un lapso “*aquí*” será de noche y “*allá*” de día. Ese fenómeno giratorio de la tierra es percibido por los sentidos como tiempo, pero los habitantes del sol lo percibirían como “*siempre ahora*”. Para ellos el sol no será nunca una cosa pasada, porque para ellos no existe ni el día ni la noche.

De manera que tanto el tiempo como el espacio son realidades relativas a la percepción. Esta es la opinión de los Vedas, para quienes en el Universo no hay más que un Principio único que se nos presenta bajo diferentes aspectos en el tiempo relativo y en el espacio relativo.

El tiempo, como una categoría absoluta, como una entidad en sí misma, no existe, según la filosofía védica.

La filosofía Oriental, a diferencia de los griegos, siempre mantuvo y ha mantenido que el espacio y el tiempo son creaciones de la mente. Los místicos orientales los han tratado como a todos los demás conceptos intelectuales;

como relativos, limitados e ilusorios. En un texto budista, por ejemplo, se hallan estas palabras:

“Fue enseñado por el Buda, oh monjes, que el pasado, el futuro, el espacio físico, no son sino nombres, formas de pensamiento, palabras de uso común, realidades meramente superficiales.”

Madhyamika Karika

Con mucha frecuencia se repite en el budismo que el santo, una vez alcanzado el Nirvana, está más allá del tiempo y del espacio, estado en el cual el espíritu sereno no es conmovido por la estrechez del espacio, ni por la premura del tiempo contingente, que puede suceder o no suceder.

Se suele contemplar el pasado y el futuro como *Presente, Ahora*, y concentrar en un punto el espacio infinito, *Aquí*. Es así como Aquí-Ahora es el único espacio y el único tiempo.

Los sabios orientales siempre han hablado sobre una experiencia de la realidad en estados de conciencia más elevados, y afirman que estos estados contienen una vivencia del tiempo y del espacio totalmente diferentes.

Afirman que en la meditación van más allá del espacio tridimensional ordinario, y sin duda, que trasciende la conciencia ordinaria del tiempo. En lugar de una sucesión lineal de instantes, dicen experimentar un presente infinito, eterno y, sin embargo, dinámico.

La vivencia del “*eterno ahora*” es descrita por D. T. Suzuki, el muy reconocido erudito budista, contemporáneo nuestro, así:

“En esta mundo espiritual no hay divisiones de tiempo tales como pasado, presente y futuro; porque se han contraído a sí mismas en un simple momento del presente donde la vida palpita en su verdadero sentido.

El pasado y el futuro están ambos envueltos en este momento presente de iluminación, y este momento presente no es algo que permanezca inmóvil con su contenido, ya que se mueve incesantemente.”

Hablar de una experiencia de “*presente eterno*” es casi imposible, porque todas las palabras como “*eterno*”, “*presente*”, “*pasado*”, “*ahora*”, se refieren mentalmente a los conceptos convencionales de tiempo. Por eso es extremadamente difícil comprender lo que los místicos de todos los tiempos nos quieren decir en párrafos como los citados.

Un concepto como lo “*eterno*”, por ejemplo, tal vez no pueda ser entendido por la razón analítica, pero podría ser comprendido mediante la vivencia pura de la meditación, proceso interno en el cual la mente no participa.

Krishnamurti niega el tiempo

Krishnamurti es un personaje mundialmente reconocido por sus enseñanzas y su vida, dedicadas a abogar constantemente por desprenderse del pasado y dejarse llevar por lo desconocido, por un Presente que va surgiendo de forma no calculada. Su cuerpo se extinguió hace unas dos décadas, pero su inspiración está presente. El distingue dos tiempos.

El tiempo cronológico es el que marcan las agujas del reloj, el tiempo contable que sirve de instrumento a la humanidad en sus relaciones, y a partir del cual se mide la duración de sus actividades, los ciclos de la naturaleza, la duración de los eventos, los años de su propia vida, etc.

El tiempo psicológico es aquel en que cada individuo vive sus pensamientos, sus ideas, sus expectativas y sus recuerdos. Forma parte de cada persona, es la cadena que engarza todos los pensamientos, ubica sus ideas y crea continuidad mental.

Así, las experiencias, ideas e imágenes del pasado acaban moldeando el pensamiento del presente y condicionan el del futuro. Es el tiempo *subjetivo*, como para Einstein, contemporáneos los dos, pero fundamentado de otra manera.

El tiempo psicológico como futuro es un supuesto instrumento de cambio para la forma de vivir, deseos de cambio de carácter personal, ilusorio cambio en las relaciones con los demás, etc., propósitos que se suelen olvidar rapidito. Así, se posterga para mañana aquello que debería ser ahora.

Es ese tiempo mental del mañana el que transforma “*lo que es*” en lo que “*debería ser*”, evadiendo así la realidad del momento presente. Ese tiempo es una triquiñuela para escapar del presente, de lo que sucede internamente en la cotidianidad y viajar a un tiempo ideal, el futuro, construido por el “yo” de ahora. En palabras del maestro:

“El tiempo es pensamiento, y el pensamiento es el proceso de la memoria, la cual crea el tiempo como ayer, hoy, mañana, una cosa que usamos como medio de realización personal, como sistema de vida.

Por cierto, el tiempo es la verdadera naturaleza del pensamiento; el pensamiento es tiempo. Y mientras el tiempo exista como un medio para lograr algo, la mente no podrá ir más allá de sí misma.

La cualidad de ir más allá de sí misma pertenece a la conciencia, la cual está libre de tiempo.

El tiempo es un factor que interviene en el miedo. Por tiempo no entiendo el tiempo cronológico del reloj; (segundo, minuto, hora, día, año) sino el tiempo como factor interno psicológico.

Ese hecho es que da origen al miedo. El tiempo es miedo. Como el tiempo es pensamiento, este debe engendrar miedo, el tiempo crea frustración, conflictos, porque la percepción inmediata del hecho, la acción de Ver el hecho, es intemporal...

Para comprender, pues, el miedo, uno debe estar atento al tiempo: el tiempo como distancia, espacio, “yo”, tiempo que el pensamiento crea como ayer, hoy, mañana, usando la memoria de ayer para ajustarse al presente y así condicionar el futuro.

Para la mayoría de nosotros, el miedo es una realidad extraordinaria; y una mente enredada en el miedo, en la complejidad del miedo, jamás puede ser libre; jamás puede comprender la totalidad del miedo sin comprender las

intrincaciones del tiempo. El miedo y el tiempo marchan juntos.”

Para quien está mentalmente condicionado para vivir al ritmo de su reloj, estas extrañas ideas acerca del no-tiempo pueden ser absolutamente inaceptables.

Es necesario abrir la mente a nuevas versiones acerca de la realidad, en actitud investigativa, porque de no ser así, todo esto puede ser tomado como una alucinación que atenta contra el normal funcionamiento de la mente “racional”.

En síntesis, para los maestros del espíritu y para las escuelas de conocimiento esotérico que nos han precedido, el tiempo, como una categoría absoluta, no existe. Sólo existe la eternidad.

Einstein niega el tiempo

Einstein, el más grande genio científico de la historia de la humanidad, a principios del siglo XX propuso un modelo matemático completamente nuevo en su “*Teoría general de la relatividad*”, en la cual cambia la dimensión temporal con las tres dimensiones espaciales, formando lo que se denomina el espacio-tiempo, la cuarta dimensión.

Desde él y su teoría, el tiempo y el espacio no existen independientemente del universo o separadamente el uno del otro. En poco tiempo la ciencia se encargó de demostrar que, efectivamente, el tiempo y el espacio estaban esencialmente conectados.

Esto significa que, en la dimensión macro en que él conceptúa, el tiempo, como categoría absoluta, existiendo en sí mismo, no existe. Existe la dimensión espacio-tiempo, la cuarta dimensión, pero el tiempo no existe. Dice el científico Fritjof Capra, en “*El tao de la física*”:

“Según la teoría de la relatividad, el espacio no es tridimensional y el tiempo no es una entidad separada. Ambos están íntimamente relacionados y forman un continuo cuatridimensional, el “espacio-tiempo”.

En la teoría de la relatividad, por lo tanto, no podemos hablar de espacio sin hablar de tiempo y viceversa. Además, no hay ningún flujo universal del tiempo, como en el modelo newtoniano.

Diferentes observadores ordenarán los acontecimientos de un modo diferente en el tiempo si éstos se mueven a diferentes velocidades relativas a los sucesos observados. En tal caso, dos acontecimientos que se ven ocurrir simultáneamente por un observador, pueden ocurrir en diferentes secuencias temporales para otros observadores.

Todas las medidas que impliquen espacio y tiempo, por tanto, pierden su significado absoluto.

En la teoría de la relatividad, el concepto newtoniano de un espacio absoluto como escenario de los fenómenos físicos es abandonado y del mismo modo ocurre con el concepto de un tiempo absoluto.

Espacio y tiempo se convierten meramente en elementos del lenguaje que un observador particular utiliza en su descripción de los fenómenos.”

Surge así el concepto de tiempo-subjetivo, según el cual el tiempo es una propiedad individual, determinada por la velocidad del observador respecto del hecho observado. Dos observadores desplazándose a velocidades diferentes, *percibirán* los acontecimientos en momentos distintos.

Dos sucesos que se consideran como ocurriendo simultáneamente por un observador, pueden suceder en diferentes secuencias de tiempo para otros.

Para dos personas quietas, o que se mueven a velocidades humanas, pueden *percibir* como simultáneos dos sucesos; pero si los observadores se mueven a diferentes y apreciables velocidades, en la escala de miles de kilómetros por segundo, entonces los observadores ordenarán los sucesos en el tiempo de una manera diferente.

Es decir, el concepto tiempo es relativo a la velocidad del observador.

Así, la física moderna, que es la teoría de la relatividad y la teoría cuántica, ha demostrado que todas las mediciones que impliquen espacio y tiempo pierden su significado absoluto y adquieren un significado relativo al observador, obligándonos a abandonar los conceptos clásicos del espacio y el tiempo absolutos.

Conclusión

Ni la sabiduría de Oriente ni la ciencia de Occidente acepta el tiempo como una realidad absoluta, como una línea que se mueve del pasado al futuro, pasando por el presente, a una velocidad constante.

Existe la cuarta dimensión espacio-tiempo, descubierta por Einstein, pero el tiempo absoluto no existe.

Sólo existe el *Aquí-Ahora-Esto*, que es la única realidad.

Aquí es su espacio interno, donde todo sucede.

Ahora es el único instante que la eternidad le permite.

Esto es lo que sucede en su espacio interno, como reacción a las percepciones captadas por sus sentidos. Nada más sucede en su psiquis. Su interpretación egocéntrica de los estímulos sensoriales, la significación que su personalidad asigna a sus percepciones sensoriales, es creada por usted, para usted, en su espacio interno, sin su pasado.

Su memoria son imágenes e información de lo que sucedió en un ahora, y desde ahí piensa reactivamente generando emociones y reacciones compulsivas.

Pero su tiempo pasado no existe.

Existen imágenes e información neuronal, pero el tiempo no existe en ninguna parte.

Si usted sufre es porque consciente o inconscientemente está creando su sufrimiento al reaccionar frente a lo que la vida le ofrece.

En cada momento usted está creando la calidad de su vida presente, porque ésa es la que su ser actual merece, pero se justifica culpando a su pasado, porque no quiere aceptar su irresponsabilidad con sí mismo.

Si usted es miedoso, ese miedo es su reacción inconsciente ahora, desde su personalidad.

Si usted es codicioso, esa codicia es su reacción inconsciente ahora, desde su personalidad.

Su pasado no existe.

Ud. crea la calidad de su vida presente, de instante en instante, desde su ego.

Tal como es su ser, así es su vida.

Pero su *ser* actual puede evolucionar, porque el ser humano es perfectible.

El instrumento de la autotransformación es la observación pura, sin pensamiento alguno, sin su pasado, de todo lo que sucede en su espacio interno.

Si usted es inconsciente, su vida es una sucesión de reacciones que generan sufrimientos, ira, celos, ansiedad, vanidad, arrogancia, miedos...

Si usted es consciente, todo es conciencia, la vida es conciencia, la realidad es conciencia, el Universo es conciencia, y su espacio interno se conecta con la dicha de existir, con el gozo de ser, con el éxtasis de vivir.

Su pasado no existe, pero sí existe su ignorancia de sí mismo, y su irresponsabilidad con la calidad de su propia vida de ahora.

Usted vive desde su ser actual.

Usted crea su vida diaria, desde su ser actual.

Su pasado es una justificación para no asumirse.

Su pasado no existe.

Su realidad única es *Aquí-Ahora-Esto* interior que sucede, de lo cual puede ser consciente o inconsciente.

Si usted es inconsciente de lo que le sucede, sufre.

Si usted es consciente de lo que le sucede, ha tomado el camino de la liberación del sí mismo, del ego, de su amado "yo".

Bibliografía

- Alan Watts. Nueve meditaciones.
- Ismael Quiles S.J. Filosofía budista.
- Paul Brunton. La realidad interior.
- Krishnamurti. Comentarios sobre el vivir.
- Fritjof Capra. El tao de la física.
- Ervin Laszlo. El universo in-formado